

## LIBRO DÉCIMO.

La muerte de Leopoldo y la impaciencia de los girondinos precipitan la marcha de los sucesos.—Proyecto de mensaje presentado por Vergniaud.—El rey se niega á sancionar los decretos contra los sacerdotes y los emigrados.—La guerra civil se va preparando en la Vendée.—Rompese en el Mediodía.—Asesinato de Lescurer en Aviñon.—Jourdan llega al condado.—Asesinatos de Aviñon.—La Asamblea decreta el castigo de los asesinos.—Los jacobinos hacen que sean amnistiados.—Santo Domingo.—Reaccion de los negros contra los blancos.—Los mulatos hacen causa comun con los negros.—Insurreccion.—El mulato Ogé, jefe de la insurreccion, es sentenciado á muerte y ejecutado.—Sublevacion general.—Degüello de los blancos.—Aumentanse en Francia los desórdenes interiores.—Síntomas de una guerra religiosa.—Alborotos de Caen.—El abate Fauchet.—Su retrato.—Su vida.—Reaccion realista en Mende.—Asesinato de Lajaille en Brest.—Desórdenes en las guarniciones.—Insubordinaciones militares impunes.—Los suizos de Chateaufieux.

### I.

En tanto que pasaban estas cosas en los Jacobinos, los periódicos, ecos permanentes de los clubs, sembraban por todas partes en el pueblo las mismas ansiedades y la misma indecision. La diplomacia sorda del gabinete de las Tullerías y la del emperador Leopoldo trataban en vano de dilatar el desenlace de esta crisis, é iban á quedar burladas por la impaciencia de los girondinos y

por la muerte del emperador. Este príncipe filósofo iba á descender al sepulcro llevandose consigo todos los deseos de conciliacion y todas las esperanzas de paz. El solo contenia toda la Alemania. Mr. de Narbona burlaba con demostraciones públicas las negociaciones secretas de su colega Mr. de Lessart, para contemporizar y para hacer que todas las disensiones entre la Francia y el resto de la Europa se terminasen en un congreso.

El comité diplomático de la Asamblea, impulsado por Narbona y lleno de girondinos, proponia ya resoluciones decisivas. Este comité establecido por la Asamblea constituyente y dominado por el elevado pensamiento de Mirabeau interpelaba á los ministros sobre todas las relaciones exteriores. Corrido así el velo de la diplomacia, rotas las negociaciones, y siendo imposibles las transacciones y las combinaciones, los gabinetes europeos eran citados continuamente en la tribuna francesa. Los girondinos, principales agitadores de aquel comité en la época de que tratamos, no tenian ni las luces ni la reserva necesarias para manejar sin romperlos los hilos de una diplomacia complicada. Un discurso era para ellos de mas estima que una negociacion. Poco les importaba el ruido que podia hacer su palabra en los gabinetes extranjeros, con tal que sonase bien en el salon de sesiones y en las tribunas. Por otra parte querian la guerra, y se hallaban hombres de Estado con solo romper de un golpe la paz de la Europa. Estraños á la política, se reputaban hábiles porque no tenian escrúpulos. Afectando la indiferencia de Maquiavelo, ellos se figuraban tener ya su profundidad.

Una comunicacion del emperador Leopoldo de fecha 21 de diciembre, dió pretexto para una esplosion en la Asamblea. «Los soberanos reunidos de comun acuerdo, decia el emperador, para mantener la tranquilidad pública y para sostener el honor y la seguridad de las coronas...» Estas últimas palabras conmueven todos los

espíritus y ya no se trata sino de descifrar su verdadero sentido. ¿Cómo es, dicen, que el emperador, cuñado y aliado de Luis XVI le habla ahora por primera vez de este concierto formado entre los soberanos? ¿Y contra quien puede ser esto á no ser contra la revolucion! ¿Cómo los ministros y los embajadores de la revolucion habian ignorado hasta ahora que existiese? Si lo habian sabido, ¿por qué se lo habian ocultado á la nacion? ¿Luego habia una doble diplomacia que trabajaba en contra de la otra? ¿Luego el comité austriaco no era un sueño de los facciosos? ¿Luego habia en la diplomacia oficial impericia ó traicion, ó quizá ambas cosas á la vez? Hablábase del congreso proyectado y los miembros de la Asamblea se preguntaban si era posible que fuese otro su objeto que el de imponer modificaciones á la Constitucion francesa. Aquellos hombres se indignaban con solo pensar que hubiese que suprimir ni una sola letra de la Constitucion para acceder á las exigencias de la Europa monárquica.

## II.

En medio de esta agitacion de los espíritus fué cuando Gensonné, individuo del comité diplomático, presentó en nombre de aquel un informe sobre el estado de nuestras relaciones con el emperador. Gensonné, Guadet y Vergniaud, compatriotas y amigos, fueron nombrados diputados en un mismo dia, y luego formaron aquel triunvirato de talento, de opinion y de elocuencia que despues se llamó la Gironda. Una dialéctica obstinada y una ironía áspera y mordaz eran los dos caractéres distintivos del talento de Gensonné. Sus pasiones revolucionarias eran fuertes, pero razonadas.

Antes de entrar en la Asamblea habia ido comisionado en union de aquel Dumouriez que luego se hizo tan

célebre, á estudiar el espíritu de las poblaciones de los departamentos del Oeste, para ver que medidas podrian adoptarse para la pacificacion de aquellas comarcas agitados por las contiendas religiosas. Su informe luminoso y digno, propendia á la tolerancia y á la libertad, esos dos grandes tópicos de las conciencias. Ahora se hallaba decidido, como todos los girondinos, á llevar la revolucion hasta su forma estrema y definitiva, que es la república. Sin embargo, no estaba impaciente por derribar el trono constitucional, con tal que el gobierno estuviese en manos de su partido.

Ligado por amistad al ministro Narbona, sus detractores le han acusado de haberse vendido á él. No hay motivo ninguno que legitime semejante sospecha. Si el alma de los girondinos no estaba exenta de ambiciones y de intrigas, sus manos fueron siempre puras y la corrupcion no tuvo entrada en su corazon. Gensonné en su informe en nombre de la comision se proponia á sí mismo dos cuestiones: primera, ¿cual era nuestra situacion con respecto al emperador? Segunda, su último *oficio* debia ser mirado como una hostilidad, y en tal caso, ¿era preciso acelerar atacándole, el instante de un rompimiento inevitable?

Nuestra situacion respecto al emperador se respondia, es el interés francés sacrificado á la casa de Austria, nuestro dinero y nuestra sangre prodigados por ella, y nuestras alianzas interrumpidas. ¿Y qué pruebas de correspondencia se nos ha dado? Voy á decíroslo, nuestra revolucion ha sido insultada, nuestra escarapela profanada, las reuniones de emigrados han hallado proteccion en todos los estados dependientes del imperio, y finalmente segun confiesa el mismo emperador está de acuerdo con otras potencias para venir contra nosotros. Cuando desde el seno del Luxemburgo nos amenazan nuestros príncipes con una invasion inminente, jactándose de que están apoyados por las potencias, el Austria calla

y sanciona con su silencio las amenazas de nuestros enemigos. Cierto es que de cuando en cuando afecta condenar las manifestaciones que son hostiles á la Francia; pero estas reconvenções convenidas, no son sino una hipocresía de paz. La escarapela blanca y el uniforme contrarrevolucionario, se llevan sin ningun rebozo en los estados austriacos, y en tanto nuestros colores nacionales no están permitidos allí.

Cuando el rey ha amenazado al elector de Tréveris diciendo que iria á dispersar aquellas reuniones que nos amenazaban, el emperador ha mandado al general Bender que fuese á socorrer al elector. Aun es esto poco: en la conferencia de Pilnitz, el emperador declara en union del rey de Prusia, que ambas potencias se entenderán con las demas córtes de Europa tocante á los negocios de Francia, y que en caso de guerra se auxiliarán reciprocamente. Asi queda demostrado que el emperador ha violado el tratado de 1756, contratando alianzas sin saberlo la Francia: queda tambien demostrado que él mismo se ha constituido en centro y motor principal de un sistema anti francés. ¿Cual puede ser su objeto como no sea intimidarnos y dominarnos para atraernos insensiblemente á un congreso, en el que se nos obligue á admitir modificaciones vergonzosas, en las nuevas instituciones que nos habemos dado?

Quizá esta idea habrá nacido en el seno de la Francia, quizá algunas inteligencias secretas hacen esperar al emperador que no se alterará la paz bajo semejantes condiciones. Se emgaña: el momento en que el fuego de la libertad abraza los corazones de veinte y cuatro millones de almas, no es el mas á propósito para que los franceses consientan en una capitulacion, á la cual preferirian la muerte. Nuestra situacion es tal, que la guerra que en tiempos normales es uno de los azotes mas terribles de la humanidad, hoy en nuestro pais es hasta útil para el bien público. Esta crisis saludable elevará al

pueblo á la altura de su destino, le volverá su euergia primitiva, restablecerá nuestro crédito y sofocará todo germen de disension intestina. En una situacion análoga el gran Federico no rompió la liga formada por la córte de Viena, sino adelantándose á tomar la iniciativa. Nuestra comision diplomática os propone que aceleréis los preparativos de guerra: un congreso seria vergonzoso; la guerra es necesaria, la opinion pública la provoca, la salvacion pública la ordena.

El informante concluia pidiendo al emperador esplicaciones claras y terminantes, y que en el caso de que estas esplicaciones no llegasen antes del 10 de febrero se considerase aquella negativa como una hostilidad.

### III.

Apenas acabó su lectura cuando Guadet que presidia aquel dia la Asamblea, subió á la tribuna para comear el informe de su colega y amigo. Guadet, hijo de San Emilion, pueblo de las inmediaciones de Burdeos, era ya un abogado célebre antes de llegar á la edad en que los hombres suelen adquirir nombradía. Aguardado impaciente por la tribuna política, llegó en fin á la Asamblea legislativa. Discipulo de Brissot, menos profundo, tan valiente y mas elocuente que él, unido intimamente á Gensonné y á Vergniaud, todos de una misma edad, de un mismo pais y de las mismas pasiones, dotado de un alma enérgica y de una palabra seductora, tan propio para resistir á los movimientos de una asamblea popular, como para precipitarla hácia un desenlace definitivo, manifestaba todos estos dones de la inteligencia en una de esas fisonomías meridionales, en las cuales se enciende la pasion con el mismo fuego del discurso.

«Acaba de hablarse de un congreso, dijo, ¡qué infa-

me complot es el que se arma contra nosotros, y hasta cuando sufriremos que se nos fatigue con esas maniobras y se nos ultraje con esas amenazas! Han pensado bien esos hombres en lo que traman! La sola idea de la posibilidad de una capitulacion de la libertad, podria llevar hasta el crimen á los descontentos, y antes que todo es preciso evitar los crímenes. Enseñemos, pues, á todos esos príncipes, que la nacion está resuelta á mantener íntegra su Constitucion ó á perecer en masa con ella. En una palabra, ¡señalemos de antemano su sitio á los traidores y que este sitio sea el cadalso! Propongo que se decrete ahora mismo que la nacion mira como traidores, infames á la patria y culpables del crimen de lesa nacion, á todos los agentes del poder ejecutivo, á todos los franceses (varias voces, *á todo legislador*) que tomen parte directa ó indirectamente en un congreso cuyo objeto seria, obtener una modificacion en la Constitucion ó mediar entre la Francia y los rebeldes.»

A estas palabras la Asamblea se levantó cual si fuese un solo hombre. Todos los diputados estendieron el brazo derecho con la mano abierta, en la actitud de quien va á prestar un juramento. Las tribunas unieron sus aplausos á los de la sala, y el decreto se votó.

Mr. de Lessart á quien el gesto y las reticencias de Guadet parecian haber designado como víctima á las sospechas del pueblo, no quiso cargar sobre sí el enorme peso de aquellas terribles alusiones. «Se ha hablado, dijo, de los agentes políticos del poder ejecutivo, yo debo declarar que no reconozco en nadie el derecho, ni sé que nadie pueda estar autorizado á sospechar con fundamento de su fidelidad. En cuanto á mí me contentaré con repetir las palabras de uno de mis colegas en el ministerio, palabras que yo adopto como si fuesen mías.» ¡La Constitucion ó la muerte! Mientras que Gensonné y Guadet sublevaban la Asamblea en esta escena concertada antes, Vergniaud sublevaba la multitud con la proclama

dirigida al pueblo francés, y repartida con profusion entre las masas. Los girondinos calcaban á Mirabeau. Acordábanse del efecto que habia producido dos años antes el proyecto de message dirigido al rey para que licenciase las tropas.

«¡Franceses! dice Vergniaud. La guerra con todo su formidable aparato amenaza vuestras fronteras. Se habla de un complot contra la libertad. Vuestros ejércitos se reunen, y grandes movimientos agitan el imperio. Unos sacerdotes sediciosos preparan en el secreto de las conciencias y hasta en los mismos pulpitos una sublevacion general contra la Constitucion. Las leyes marciales eran necesarias. Desde entonces nos habian parecido justas... pero no habiamos logrado sino hacer brillar un momento la cuchilla á los ojos de la rebelion. El rey se ha negado á sancionar nuestros decretos. Los príncipes de Alemania hacen de su territorio una guarida de conspiradores perpétuos contra vosotros. Ellos protegen las maquinaciones de los emigrados, y les dan asilo, oro, armas, caballos, y municiones. ¡Llevar todo esto con paciencias suicidarnos! ¡Ah! No cabe duda que habeis renunciado á las conquistas, pero no habeis prometido sufrir pacientemente tan insolentes provocaciones. Vosotros habeis sacudido el yugo de vuestros tiranos y ciertamente que no lo habeis hecho para ir á doblar la rodilla ante los déspotas extranjeros. Con todo debeis estar muy alerta porque os hallais rodeados de lazos; se trata de conducirnos por medio del disgusto ó del cansancio á un estado de languidez que enerve vuestro valor. Bien pronto quizá se tratará de darle una direccion siniestra y de estraviaros. Se trata ademas de separaros de nosotros; para ello se sigue el plan de calumniar á la Asamblea nacional y de acriminar á la revolucion. ¡Evitad con cuidado esos pánicos terrores! Rechazad con indignacion á esos impostores que, cubriéndose con un celo hipócrita al mismo tiempo que afectan ser amantes de la

Constitución, no cesan de hablaros de *Monarquía*. ¡La *Monarquía* para ellos, es la contrarrevolucion! ¡La *Monarquía* es la *nobleza*! ¡La contrarrevolucion quiere decir, el diezmo, la feudalidad, la Bastilla, los grillos y los verdugos para castigar los sublimes impulsos de la libertad! ¡Quiere decir igualmente, los satélites extranjeros en lo interior del Estado; la bancarrota que devore vuestros asignados, vuestra fortuna privada y la riqueza nacional. Los furiosos del fanatismo, los de la venganza, los asesinatos, el saqueo, el incendio, y finalmente el despotismo y la muerte disputándose, entre arroyos de sangre y sobre montones de cadáveres, el imperio de vuestra desgraciada patria! ¡*Nobleza* quiere decir dos clases distintas de hombres: la una para la grandeza y la opulencia, la otra destinada á sufrir la miseria y la bajeza! La primera, dispuesta á apoyar la tiranía; la segunda, sin otro porvenir que la mas dura esclavitud! ¡*Nobleza*, ah! Esta sola palabra es una injuria para la especie humana.

«Y sin embargo, por asegurar el éxito de estas conspiraciones se pone toda la Europa en movimiento contra vosotros. ¡Pues bien! es preciso destruir estas esperanzas criminales, por medio de una declaracion solemne. Si, los representantes de la Francia, libres, y unidos íntimamente á la Constitución, se verán sepultados bajo sus ruínas, antes que se logre, hacerles acceder á una capitulacion indigna de ellos y de vosotros. ¡Reunios! ¡tranquilizaos! Se trata de sublevar las naciones contra vosotros, pero no se sublevará sino á los príncipes. El corazón de los pueblos es vuestro. Vosotros abrazais su causa al defender la vuestra. Tened odio á la guerra, esta es el mayor crimen que pueden cometer los hombres y el azote mas terrible de la humanidad; pero toda vez que se os fuerza á ella, seguid el curso de vuestros destinos. ¡Quién es capaz de preveer hasta donde llegará el castigo de los tiranos, que os obligan á tomar las armas!»

De este modo aquellos tres votos conjurados, se unian para lanzar á la nacion en la guerra.

## IV.

Las últimas palabras de este escrito presentaban con bastante claridad al pueblo la perspectiva de una república universal. No eran menos ardientes los constitucionales en dirigir las ideas de la nacion hácia el mismo fin, es decir, hácia la guerra. Mr. de Narbona al volver de su rápido viage, tranquilizó á la Asamblea tanto sobre el estado del ejército, como sobre el de las plazas fortificadas. En su discurso alabó á todo el mundo. Presentó á la patria al jóven Mátéo de Montmorency, hombre el mas hermoso de Francia, como de un carácter mas noble todavía que su nombre, y como el símbolo de la aristocracia, sacrificándose á la libertad. Afirmó que el ejército no se separaba, en su adhesion á la patria, á la Asamblea del rey. Elogiaba sobre todo á los gefes de las tropas; nombró para mandar el ejército del Norte á Rochambeau, á Belhier, para Metz, á Biron para Lille y á Luckner y La Fayette para el Rhin. Habló de los planes de campaña concertados entre estos generales, segun orden que para ello habian recibido del rey. Enumeró los guardias nacionales que estaban dispuestos á formar la segunda línea del ejército activo y solicitó que se les armase inmediatamente. Pintó á aquellos voluntarios como hombres que daban al ejército el carácter mas imponente, á saber: el de la fuerza y el de la voluntad nacional. Respondió de los oficiales que habian prestado juramento á la Constitución y trató de vindicar á los que no habian querido hacerlo de la nota de traidores, y animó á la Asamblea á no desconfiar en los dudosos: «la desconfianza, dijo, es en estos tiempos borrascosos el mas natural,

pero tambien el mas peligroso de los sentimientos. La confianza compromete. Le importa mucho á un pueblo manifestar que no puede tener sino amigos.» Despues de esto, dió cuenta de las fuerzas que tenia la nacion, que consistian en ciento veinte mil infantes y veinte mil caballos, todos dispuestos á entrar en campaña inmediatamente.

Este informe apoyado por Brissot en su periodico, alabado y aplaudido por los girondinos en la Asamblea, no dejó ya ningun pretexto á los que querian diferir la lucha. La Francia conocia sus fuerzas en el exceso de su ira, y nada podia ya contenerla. La impopularidad del rey iba en aumento, y su indecision irritaba cada dia mas los ánimos. Dos veces habia detenido ya con el *veto* los efectos de las enérgicas medidas decretadas por la Asamblea. Las dos cosas sobre que habia recaído aquel, eran el decreto contra los emigrados y el que conminaba á los sacerdotes no juramentados. Estos dos *vetos*, de los que el uno le era inspirado por su honor y el otro por su conciencia, eran dos armas terribles que la Constitucion habia puesto en su mano, y de las cuales no le era posible usar sin herirse. Los girondinos se vengaban de su resistencia, imponiéndole la guerra contra sus hermanos, los príncipes, y contra el emperador, á quien suponian cómplice suyo.

Los libelistas y los periodistas jacobinos presentaban continuamente al pueblo los dos *vetos*, como otras tantas traiciones. Las turbaciones de la Vendée se achacaban á complicidad secreta entre el rey y un clero rebelde. En vano el departamento de Paris, compuesto de hombres que respetaban las conciencias tales como Mr. de Talleyrand, Mr. de La Rochefoucauld y Mr. de Beaumet, presentaron al rey una peticion en la cual los verdaderos principios de libertad protestaban contra lo arbitrario de la inquisicion revolucionaria de una multitud de contrapeticiones que llegaban de todos los departamentos.

Mucho tiempo hacia que el estado del reino estaba en armonia con el de Paris. En los departamentos no se veia otra cosa que alborotos, disturbios, denuncias y motines. Todos los correos traian noticias de nuevos escándalos, de nuevas peticiones sediciosas, de nuevos motines y de nuevos asesinatos. Los clubs establecian otros tantos centros de resistencia á la Constitucion, cuantos cantones habia en el imperio.

La guerra civil que se preparaba en La Vendée, se abrió por los asesinados de Aviñon

## V.

Esta ciudad y el condado, reunidos á la Francia por el último decreto de la Asamblea constituyente, habian quedado desde aquella época en un estado el mas favorable á la anarquía. Los partidarios del gobierno papal y los de la reunion á la Francia, luchaban allí en una alternativa de esperanza y de temor, que prolongaba y envenenaba cada dia mas los odios que reciprocamente se tenian. El rey, por un escrúpulo religioso, habia emprendido por largo tiempo la ejecucion del decreto de reunion. Temeroso de usurpar á la iglesia sus dominios tardaba en decidirse, y estas dilaciones impolíticas daban lugar á los crímenes.

La Francia estaba representada en Aviñon por unos mediadores. La autoridad provisional de estas, estaba apoyada por un destacamento de tropas de línea. El poder reposaba en la dictadura de la municipalidad. La poblacion agitada y apasionada se dividia en dos partidos, el uno francés ó revolucionario; el otro opuesto á la reunion á la Francia, y á la revolucion. El fanatismo religioso de uno de estos partidos, y el entusiasmo exagerado del otro por la libertad, les inducian á cometer los

mismos crímenes. El ardor de la sangre, la sed de venganza particular y el fuego del clima, avivaban mas las pasiones civiles de todos. Las violencias de las repúblicas italianas debían volverse á reproducir en las costumbres de esta colonia italiana, de esta sucursal de Roma situada á orillas del Ródano. Cuanto mas pequeños son los estados, tanto mas atroces son en ellos las guerras civiles. Las opiniones encontradas se convierten en odios personales; las batallas allí no son sino asesinatos. Aviñon preludiaba ya los que iba á cometer en masa empezando por alguno que otro parcial.

El 16 de octubre empezó á notarse una agitacion sor-da, y á formarse multitud de grupos compuestos en su mayoría de gentes del pueblo, enemigas de la revolucion. Las paredes de las iglesias se hallaron desde muy temprano cubiertas de pasquines, incitando al pueblo á sublevarse contra la autoridad provisional del ayuntamiento. Contábanse una porcion de milagros ridiculos con los que se trataba de persuadir al vulgo ignorante, que el cielo reclamaba pronta venganza de los atentados cometidos contra la religion. Uno de los que corrian mas acreditados era, que una imágen de la Virgen, por la que el pueblo tenia gran veneracion y que estaba en la iglesia de los Franciscanos, se habia puesto encarnada al ver las profanaciones de su templo, y habia derramado lágrimas de dolor y de indignacion. Criado el pueblo en estas supersticiones bajo el gobierno papal, se habia dirigido en masa á los Franciscanos para vengar la causa de su Soberana Patrona. Animado por las exortaciones de los fanáticos, y confiado en la intervencion divina, el tropel salió de los Franciscanos y aumentándose por instantes, marchó desde allí á las murallas, volvió los cañones hácia la ciudad y se diseminó por las calles pidiendo la caída del gobierno. El desgraciado Lescuyer, notario de Aviñon y secretario del ayuntamiento fué designado particularmente al furor de aquellos hordas, que

arrancándole violentamente de su casa, le llevaron arrastrando desde ella hasta el altar de los Franciscanos, donde le sacrificaron á palos y á sablazos, dejándole como víctima espitorial á los pies de la imágen ofendida. La guardia nacional y un destacamento que salió del fuerte con dos piezas de artillería, dispersaron el pueblo y recogieron el cadáver de Lescuyer. Pero las cárceles de la ciudad habian sido forzadas, y los malvados que estaban en ellas se unieron á los amotinados, dispuestos á secundarlos en sus asesinatos. Eran de temer unas horribles represalias, y sin embargo, los mediadores ausentes de la ciudad se dormían en medio del peligro, ó hacían como que no lo veían. Es indudable que habia inteligencias secretas entre los agitadores de los clubs de París y los revolucionarios de Aviñon.

## VI.

Uno de estos hombres-hienas que parece que olfatean la sangre y que presagian el crimen, llegaba entonces á Aviñon procedente de Versalles. Llamábase este hombre Jourdan, pero debe cuidarse de no confundirle con otro revolucionario del mismo nombre hijo de Aviñon. El que ahora nos ocupa, habia nacido en aquellas áridas y calcinadas montañas del Mediodía, en donde hasta los mismos animales son mas feroces que en otras partes. Este hombre habia sido alternativamente carnicero, herrador, contrabandista en las gargantas que separa la Saboya de la Francia, soldado, desertor, mozo de caballos, y finalmente tabernero en uno de los arrabales de París, y en estos oficios y ocupaciones habia adquirido todos los vicios de la mas hedionda hez del populacho. Los primeros asesinatos cometidos por el pueblo en las calles de París, habian puesto de manifiesto que la verdadera pasion

de este hombre era la del asesinato. Despues de cometido éste y para hacerle todavía mas deshonoroso, se presentaba en el sitio de la carnicería á despedazar las víctimas, de lo cual se vanagloriaba. Este mónstruo puede decirse que era un verdadero carnicero de hombres. El era el que habia introducido sus manos en el pecho y arrancado de allí los corazones de Mrs. Foulon y Berthier. El, el que habia cortado la cabeza á los dos guardias de corps, Varicourt y Hultes, el 6 de octubre en Versailles; el que habia vuelto á París con ellas, puestas en una pica y el que echaba en cara al pueblo que se hubiese contentado con tan poco, y que le hubiese hecho venir para no cortar mas que dos cabezas. Este malvado contaba poder saciar mejor su sed de sangre en Aviñon, y por eso se trasladó allí.

Habia en dicha ciudad un cuerpo de voluntarios conocidos bajo el nombre de ejército de Vaucluse, formado de la hez de aquellas comarcas, y mandado por un tal Patrix. Asesinado éste por sus soldados, cuyos excesos queria moderar, Jourdan fué nombrado para reemplazarle por derecho de sedicion y de maldad. Aquellos mal llamados soldados, á quienes se echaba en cara sus atropellos y asesinatos, semejantes á los pillos de Bélgica y á los *sans-culotes* de París, tenían el insulto á gloria y ellos mismos se titulaban los valientes bandidos de Aviñon. Colocado Jourdan á la cabeza de aquella canalla, asoló é incendió el Condado, sitió á Carpentras, y finalmente fué rechazado con pérdida de quinientos hombres, replegándose á Aviñon, que aun estaba preocupado y estremecido con el recuerdo del asesinato de Lescuyer. Jourdan se presentó entonces á ofrecer su brazo y el de sus soldados á la venganza del partido francés. En la jornada del 20 de agosto, Jourdan y sus soldados cerraron las puertas de la ciudad, se esparcieron por las calles, rodearon las casas de los que eran señalados como enemigos de la revolucion, y arrancaron de ellas á la fuer-

za, sin distincion de sexo ni de edad, á cuantos las habitaban, encerrándolos en seguida en Palacio. Llegada la noche, los asesinos derriban las puertas y sacrifican á aquellas victimas desarmadas y suplicantes, sirviéndose de barras de hierro para llevar á cabo esta atrocidad. En vano aquella multitud de hombres, de mugeres y de niños reclama auxilio dando horribles y lamentables gritos. La ciudad oye el ruido de la matanza, pero no se atreve á dar socorro á sus hermanos, porque el mismo horror del crimen hiela la sangre en las venas de todos los ciudadanos. Los asesinos preludian la muerte de las mugeres por medio de irrisiones y de indecencias que la hacen mas horrorosa, y el asesinato de estas infelices empieza por martirizar su pudor. La risa, las lágrimas, el vicio, la sangre, la lujuria y la muerte se confunden en aquella horrorosa escena. Cuando no queda nada que matar se mutilan los cadáveres y se barre la sangre en los patios para hacerla salir por las letrinas de Palacio. Los restos mutilados se llevan al pozo de la nieve, se tapia éste, y así se pone en él el sello de la venganza popular. Jourdan y sus satélites ofrecen el homenaje de esta noche á los mediadores franceses y á la Asamblea nacional. Los malvados de París admiran y encomian el hecho de aquellos caribes. La Asamblea se estremece de indignacion, recibe aquel crimen como un ultraje, y el presidente se desmaya al leer la relacion de lo que habia pasado en la funesta noche de Aviñon. Decrétase en seguida la prision de Jourdan y de sus cómplices, pero aquel logra evadirse. Perseguido por los franceses se mete á escape en el rio Sorgue. Un soldado lanza su caballo tras él, le alcanza en mitad del rio, se echa el fusil á la cara para concluir con él, pero no sale el tiro. Sin embargo, se logra cogerle, se le ata inmediatamente, y el suplicio le aguarda. Entonces los jacobinos imponen á los girondinos la amnistia de los asesinatos de Aviñon. Jourdan, seguro de la impunidad y enorgullecido de su crimen, vuelve á



comparecer allí para sacrificar á los que le habian denunciado.

La Asamblea se estremece por un momento á la vista de aquella sangre, pero despues se apresura á volver la cabeza á otro lado por no verla. La impaciencia que tenia por reinar sola, no la daba lugar para tener compasion. Habia por otra parte entre los girondinos y los jacobinos una emulacion y una rivalidad por colocarse á la cabeza de la revolucion que hacian temer á cada uno de los partidos que el otro se le adelantase y llegase á obtener el mando supremo antes que él. Ni los cadáveres eran ya suficientes para contener el impetu de cada uno de estos partidos, y un llanto muy prolongado, por justo que fuese el motivo que lo causaba, hubiera podido pasar por debilidad.

## VII.

Las víctimas iban aumentándose cada dia, y los desastres se sucedian sin interrupcion. Parecia que el imperio iba á desplomarse y caer sobre sus moradores. La rica colonia francesa de Santo Domingo nadaba en sangre, y la Francia recibió el castigo de su egoismo. La Asamblea habia proclamado la libertad de los negros, pero esto lo habia hecho solo por ser consecuente en sus principios, mas la esclavitud subsistia de hecho, á pesar de haberse abolido de derecho. Mas de trescientos mil esclavos hacian el servicio de animales de carga, en beneficio de algunos miles de colonos, y estos infelices eran comprados, vueltos á vender, y muchas veces mutilados cual si fuesen de una especie distinta de la nuestra. Por especulacion estaban fuera de la ley política y religiosa. Nada poseian en propiedad, y les estaba prohibido casarse, privándoles de este modo del goce de ser

padres y de verse respetados, cuando menos en el seno de sus familias. Degradándoles del estado de hombres, se conservaba el derecho de tratarlos como brutos. Si favorecidos por la codicia de algunos amos llegaba á celebrarse uno que otro casamiento entre estos hombres, cuyo único delito es ser de distinto color que nosotros, los hijos que nacia de esta union venian ya al mundo marcados con el sello de la esclavitud, y pertenecian al dueño de sus desgraciados progenitores, ó á cualquiera que quisiese comprarlos, porque rompiendo sin el menor escrúpulo los santos lazos de la naturaleza se les separaba de los que les habian dado el ser, como se hace con los animales para venderlos públicamente. Así se destruian los eslabones con que Dios ha formado la cadena de la humanidad, sin que espermentasen el menor remordimiento los perpetradores de tan horroroso atentado contra la naturaleza.

Este crimen en masa y este embrutecimiento sistemático no carecia de apologistas. Negábanse sus facultades humanas á los negros, haciendo de ellos una raza intermedia entre el espíritu y la carne, y se llamaba tutela necesaria y conveniente el infame abuso de fuerza que se ejercia sobre aquella raza inerte y servil. A los tiranos no les han faltado nunca sofistas que apoyen su tiranía. Por otra parte, los hombres compasivos con sus semejantes que como Gregoire, Rainal, Barnave, Brissot, Condorcet y La Fayette habian abrazado la causa de la humanidad, y formando la *Sociedad de los amigos de los negros*, lanzaban sus principios sobre las colonias, mas bien como una venganza que como un acto de justicia. Estos principios estallaban sin preparacion y sin ninguna especie de prevision en aquella colonia, en donde la verdad y la justicia no hallaban otro medio de revindicar sus derechos que el de la insurreccion. La filosofía proclama los principios, la política los administra; los amigos de los negros se habian contentado con procla-

marlos. La Francia no tenia valor para desposeer á sus colonos de lo que hasta entonces se habia considerado como una propiedad, y carecia de la grandeza de ánimo suficiente para indemnizarlos de aquella pérdida. La nacion habia conquistado la libertad para ella sola, y diferia, como todavia difiere en el momento actual, la reparacion del crimen de la esclavitud en sus colonias. ¿Debia admirarse de que los esclavos tratasen de hacerse justicia por sus propias manos, ni de que una libertad inútilmente proclamada en Paris se convirtiese en una insurreccion en Santo Domingo? Toda iniquidad consentida por una sociedad libre en beneficio de los opresores, se convierte en cuchilla que ella misma pone en manos de los oprimidos. El derecho es la mas peligrosa de cuantas armas se conocen. ¡Desgraciado del que la pone á disposicion de sus enemigos!

## VIII.

En Santo Domingo se hallaba la prueba convincente de lo que acabamos de decir: cincuenta mil esclavos negros se habian sublevado en una noche instigados y mandados por mulatos ú hombres de color. Estos hombres, raza intermedia procedente de la union entre negros y blancos no eran esclavos, pero tampoco eran ciudadanos. Eran una especie de libertos que participaban de los defectos y de las virtudes de las dos razas. Tenian el orgullo de los blancos y la degradacion de los negros: raza vacilante que pronunciándose alternativamente por los amos ó por los esclavos, debia producir aquellas terribles oscilaciones que conducen inevitablemente al trastorno y á la ruina completa de la sociedad. Los mulatos, que tambien poseian esclavos, habian empezado por hacer causa comun con los colonos, y por oponerse con mas

tenacidad que ellos á la emancipacion de los negros. Hallándose mas inmediatos á la esclavitud, defendian con mas ardor la parte que les habia cabido de tiranía. Asi es el hombre; nadie es mas propenso á abusar de su derecho que el que acaba de conquistarlo, y no hay peores tiranos que los esclavos, ni hombres mas orgullosos que los advenedizos.

Los hombres de color tenian todos los vicios de los advenedizos de la libertad. Mas cuando notaron que los negros los despreciaban porque eran mestizos; que la revolucion no habia borrado los matices de la piel y las preocupaciones injuriosas que se tenian contra los hombres de su color; cuando vieron que de nada les servia reclamar el ejercicio de los derechos cívicos que los colonos les disputaban, pasaron con la lijereza y con el ardor de su carácter de un partido al otro, é hicieron causa comun con la raza oprimida. La costumbre del mando, sus bienes, sus conocimientos, su energía y su audacia les llamaban á ser los gefes naturales de los negros. Fraternalizaban con estos y tenian mucha popularidad entre ellos á causa del mismo color de que no hacia mucho tiempo habian tenido que avergonzarse entre los blancos. Los mulatos fomentaron en secreto el germen de la insurreccion en los conciliábulos nocturnos de los esclavos, y estableciendo al mismo tiempo una correspondencia secreta con los amigos de los negros que residian en Paris. La primer arma de que se sirvieron los mulatos para conseguir su intento fué esparcir con profusion en los ingenios de azúcar los discursos y demaséritos que enseñaban desde Paris sus deberes á los colonos y revelaban derechos imprescriptibles á los esclavos. Comentados estos derechos por la venganza fueron bien pronto el catecismo de las miserables habitaciones de los negros. Los blancos temblaron y el terror les hizo cometer violencias. La sangre del mulato Ogé y de sus cómplices, derramada por Mr. Blanchelande, gobernador

y presidente del consejo colonial de Santo Domingo, sembró la desesperacion é incitó á la sublevacion en todas partes.

## IX.

Ogé, comisionado en París por los hombres de color para hacer valer sus derechos cerca de la Asamblea constituyente, habia contraido relaciones con Brissot, con Raynal y con Gregoire, y se habia afiliado en la sociedad de los amigos de los negros. Desde allí pasó á Inglaterra, en donde conoció y se hizo amigo del piadoso y filantrópico Clarkson. Estos dos hombres pleiteaban entonces la causa de la emancipacion de los negros y eran los primeros apóstoles de aquella religion de la humanidad, que no cree poder elevar hacia Dios unas manos puras en tanto que exista en aquellas manos un gabo de la cadena que tiene á una raza humana en la esclavitud y en la degradacion. El trato con aquellos hombres de bien dilató el alma de Ogé. Este habia venido á Europa solo para defender los intereses de los mulatos, pero en cuanto se vió en París abrazó la causa santa y liberal de todos los negros y se sacrificó enteramente por la libertad de todos sus hermanos. Volvió segunda vez á Francia, en donde entabló relaciones con Barnave. Entonces suplicó á la comision de la Asamblea constituyente que aplicase los principios liberales á las colonias y que no consintiese en que se hiciese una escepcion de la ley divina permitiendo que continuasen divididos los hombres de aquellos paises en tiranos y en esclavos. Inquieto é indignado en vista de la indecision de la comision, que retiraba con una mano lo que habia dado con la otra, declaró que sino era suficiente para que se le atendiese la justicia de su causa, recurriria á la fuerza para sostenerla. Barnave habia dicho: *¡Perezcan las co-*

*lonias antes que un principio!* Los hombres del 14 de julio no tenian derecho de condenar en el corazon de Ogé la insurreccion, que era el único titulo con que ellos mismos se habian hecho independientes. Es de presumir que los votos secretos de los amigos de los negros acompañaron á Ogé, que volvió á salir para Santo Domingo. Cuando llegó allí halló los derechos de los hombres de color y los principios de la libertad de los negros mas disputados y mas profanados que nunca. Enarbó al ver esto el estandarte de la insurreccion, pero bajo las formas y los derechos de la legalidad. Puesto á la cabeza de un grupo de doscientos hombres de color, reclamó que se promulgasen en las colonias los decretos de la Asamblea nacional, cosa que hasta entonces se habia dilatado por una arbitrariedad criminal. Tambien escribió al comandante militar del Cabo en los términos siguientes: «Exigimos la publicacion de la ley que nos hace ciudadanos libres. Si os oponéis á ello nos trasladaremos á Léogane, en donde nombraremos nuestros electores y rechazaremos la fuerza con la fuerza. El orgullo de los colonos se resiente de tener que sentarse á nuestro lado. ¿Se ha consultado el orgullo de los nobles y del clero para proclamar la igualdad de los ciudadanos franceses?» El gobierno respondió á esta elocuente intimacion enviando tropas á disipar aquella reunion. Ogé las rechazó.

## X.

Numerosas fuerzas lograron por fin dispersar á los mulatos despues de una resistencia heroica por parte de estos. Ogé pudo escaparse y se refugió en la parte española de la isla. Púsose precio á su cabeza, y Mr. de Blanchelande, le hizo un crimen en su proclama de haber querido revindicar los derechos de la naturaleza en

nombre de una Asamblea que acababa de proclamar los derechos del ciudadano. Solicitóse del gobierno español la estradicion de aquel moderno Espartaco, tan peligroso para la seguridad de los blancos de ambos países. Los españoles lo entregaron, y fué juzgado en el Cabo. La causa duró mas de dos meses llevándose en esto la mira de apoderarse á la vez de todos los hilos de la trama de la independenciam, para poder de este modo hacer un castigo ejemplar que atemorizase á todos los que tratasen en lo sucesivo de reproducir otras tentativas semejantes á esta. Impacientes los blancos al ver esta lentitud se amotinaron y pidieron á voz en grito la cabeza de Ogé. El tribunal le sentenció á muerte por un crimen que en la madre patria constituia la gloria de La Fayette y de Mirabeau.

Sufrió el tormento en el calabozo. Todos los derechos de su raza reasumidos y perseguidos en la persona de aquel infeliz, le dieron una elevacion de alma en aquel trance, muy superior á la fuerza de los martirios con que le acosaban sus verdugos. «Renunciad, les dijo con una impasibilidad asombrosa, renunciad á la esperanza de arrancarme el nombre de uno solo de mis cómplices. Estos se hallan en todas partes en donde haya un hombre de corazon que se subleve contra los opresores de la humanidad.» Desde aquel momento no pronunció sino dos palabras que resonaban cual agudo remordimiento en los oidos de sus perseguidores: *libertad, igualdad*. Marchó sereno al suplicio y al llegar á él, oyó indignado la sentenciam que le condenaba á la muerte lenta é ánfame de los mas viles malvados. «¡Cómo, esclamó, vosotros me confundís con los criminales porque he querido restituir á mis semejantes los derechos y el título de hombres, título y derechos que yo siento en mí mismo! ¡Pues bien, aqui teneis mi sangre, pero no faltará quien la vengue!» Pereció en la rueda, y su cuerpo mutilado, quedó espuesto á orillas de un camino. Esta muer-

te heroica resonó hasta en la Asamblea nacional y escitó sentimientos opuestos. «Esa muerte, dijo Malouet, es bien merecida, Ogé es un criminal y un asesino.—Si Ogé es culpable, le respondió Gregoire, todos nosotros lo somos; si hay justicia en que perezca en el cadalso el que ha reclamado la libertad para sus hermanos, es preciso que suban á él todos los franceses que se nos parecen.»

## XI.

La sangre de Ogé hervia á la sordina en el corazon de todos los mulatos. Estos juraron vengarla. Podia contarse con los negros como con un ejército siempre dispuesto á la matanza. Los hombres de color les dieron la señal para principiarla. En sola una noche sesenta mil esclavos armados de antorchas y de los instrumentos que les servian para el trabajo, incendiaron todas las habitaciones de sus amos en un radio de seis leguas alrededor del Cabo. Todos los blancos asi hombres como mugeres, niños y ancianos fueron degollados sin que escapase nada al furor por tanto tiempo comprimido de los negros. Aquello era la destruccion total de una raza por otra. Las cabezas ensangrentadas de los blancos puestas en las puntas de las cañas de azúcar, sirven de bandera para conducir aquellas hordas, no al combate, sino á la carniceria. Una sola noche es suficiente para vengar los ultrajes que los negros han recibido de los blancos por espacio de tantos siglos. Rivaliza entre los dos colores una emulacion de crueldad y los negros no contentos con imitar los suplicios que se han ejercido por tanto tiempo contra ellos, aun inventan otros nuevos. Si algunos esclavos generosos y fieles se colocan entre sus antiguos amos ó la muerte, son sacrificados sin piedad como aquellos. El reconocimiento y la compasion son